

EL TRIUNFO DE LOS CATOLICO -- SOCIALES EN EUROPA

Las elecciones de Austria, Francia, Bélgica, Alemania Occidental e Italia han revelado al mundo la pujanza de un movimiento europeo, que sintetizando diversas nomenclaturas podríamos denominar **católico social**. Movimiento que existía en germen, y aún en realidades grandiosas de orden puramente profesional, en los días anteriores a la segunda guerra mundial, pero que las necesidades trágicas de la postguerra han hecho manifestarse en los resultados matemáticos e impresionantes de las urnas electorales.

Las agencias internacionales de información no han hecho resaltar suficientemente este hecho significativo, mientras se dedican minuciosos comentarios a los éxitos comunistas, que fuera de Francia resultan comparativamente insignificantes.

Igualmente revelador resulta el hecho del arrumbamiento y decadencia de los partidos clásicos de fines del pasado siglo: **liberales, conservadores y radicales**.

En el panorama político del mundo occidental tres grandes movimientos se disputan el poder: el **comunista**, el **socialista** y el **social-cristiano**. Lo que las elecciones francesas reflejan en forma casi esquemática, con equilibrio práctico de los tres grandes partidos, sucede en su grado en casi todas las naciones europeas: con predominio socialista moderado en Inglaterra y Suiza, con predominio católico evidente de Austria, Irlanda, Portugal, España, Bélgica e Italia; con manifiesta minoría comunista en todas las naciones no ocupadas por Rusia, si se exceptúa Francia.

En la propia Norteamérica se anuncia la creación de un nuevo gran partido de carácter social.

De estas realidades estadísticas saltan a la vista dos consecuencias evidentes. La primera: que el problema social centraliza la preocupación política de la actual postguerra. La segunda: que se está cosechando a manos llenas la siembra de ideas y realidades del catolicismo social, proclamado en las Encíclicas **Rerum Novarum** y **Quadragesimo anno**. La obra de los Círculos, Cooperativas y Sindicatos católicos, la Confederación Francesa de Trabajadores Católicos, la Juventud Católica (YOC)... han alcanzado su madurez, y su influjo se refleja en toda la vida ciudadana de la Europa Central.

Y ¿en la América Latina?

Si hemos de ser cruelmente sinceros, hemos de confesar que el catolicismo iberoamericano se ha retrasado notablemente en la propaganda de las ideas y en el esfuerzo de las realizaciones de carácter católico-social. En dos decenios el comunismo y el socialismo han organizado cuadros poderosos. Ni en número de adeptos, ni en potencialidad de acción puede enfrentárseles una sólida organización católico social, a pesar de contarse aún con la arraigada fe religiosa del pueblo. Así se explica el hecho de que en el reciente Congreso Mundial de Trabajadores, celebrado en Londres, aparecieran vinculados al sector más exaltado del marxismo comunista los trabajadores hispanoamericanos.

Pero se ha iniciado, aunque tardíamente, un esfuerzo de organización católico obrera en Ibero-américa. Los Círculos Obreros Católicos del Brasil, que agrupan 180.000 obreros, el calumniado Sinarquismo de México, el movimiento **Rerum Novarum** de Costa Rica, por no citar sino tres ejemplos, prueban que el trabajador latino-americano, que aún permanece fiel a la Iglesia, puede ser fácilmente reconquistado por las organizaciones sociales católicas. En tal sentido se están realizando esfuerzos consoladores en Colombia, Ecuador, Cuba, Chile y Paraguay, sin que sea una excepción nuestra querida Venezuela. El detalle más esperanzador, entre nosotros, es que la joven intelectualidad católica es sincera y militante defensora de la doctrina social católica.

En la misma política comienza ya a reflejarse esta realidad. Uno de los partidos católicos que hemos visto nacer lleva el nombre de **Social-Cristiano**. Los

dirigentes del **COPEI** han declarado paladinamente su decidida voluntad de realizar una reforma social cristiana fundamental. Otros partidos —aunque cuentan con jefes indiferentes ante el problema religioso— miran con manifiesta simpatía la doctrina social de la Iglesia. Tal sucede con **Acción Democrática** y **Unión Republicana Democrática**.

Los católicos que aspiren a realizar una labor eficaz, y cónsona con el sentimiento moderno, en el campo político no pueden olvidar la lección del triunfo de los católico-sociales en Europa. Existe desgraciadamente un equívoco que explota hábilmente el comunismo: presentar a los católicos, y a la religión, en general, como aliados de la burguesía. Cuando algún movimiento católico refuerza el gesto obrerista, entonces los comunistas tratan de presentarlo como favorable a sus doctrinas. "La única actitud inteligente, escribía recientemente la revista *Etudes de Paris*, es la afirmación simultánea de lo que hay de positivo entre las dos actitudes. Insistir sobre la necesidad de la justicia, denunciar los escándalos del capitalismo, reclamar vigorosamente las reformas de estructura y desolidarizar así la religión y el conservadurismo. Y, al mismo tiempo, atacar con igual vigor la explotación comunista y su carácter antihumano, y desolidarizar así el movimiento obrero y el comunismo".

La doctrina social católica está tan lejos del liberalismo económico, como del totalitarismo comunista.

Queda, finalmente, por esclarecer una duda de orden moral que surge de la puja por el poder entre los tres movimientos: comunista, socialista y social-católico. Usando una nomenclatura envejecida, pero clara, en el nuevo panorama político el comunismo expresa la izquierda, el social-catolicismo la derecha y el socialismo el centro. Así sucede que en Francia y Bélgica, para citar dos casos, el partido privilegiado, aunque menor en representación, es el socialista. Por eso controla el poder y probablemente lo controlará con notable frecuencia. ¿Pueden los católicos pactar con los socialistas contra el enemigo común: el comunismo? A nadie se le oculta que la interrogante tiene aplicaciones inmediatas en la vida política venezolana de nuestros mismos días.

La respuesta es evidente. Para los católicos del mundo entero es conocida la polémica española de principios del siglo sobre el mal menor, definida por Roma en favor de los que defendían que entre dos exclusivos candidatos no católicos, se podía votar por el menos malo.

El mundo culto occidental y concretamente la América española está asistiendo a una pugna evidente entre el socialismo moderado y el comunismo, que es la fracción estremista del marxismo. Ya el Papa Pío XI reconocía en la Encíclica *Quadragesimo anno* que el socialismo "diríase que aterrado por los principios y consecuencias que se siguen del comunismo, se inclina y en cierto modo avanza hacia las verdades que la tradición cristiana ha enseñado siempre solemnemente; pues no se puede negar que sus peticiones se acercan mucho a las de quienes desean reformar la sociedad conforme a los principios cristianos". Así el socialismo "confiesa no sólo que debe abstenerse de la violencia sino que aun, sin rechazar la lucha de clases y la abolición de la propiedad privada, las suaviza y modera de alguna manera".

En la gigantesca lucha, que se avecina entre el comunismo —poderoso en medios de propaganda y prodigioso en métodos de expansión internacional— por una parte, y todo otro movimiento social, es evidente que los católicos pueden ir a la lucha aliados ocasionalmente con los socialistas, cuidando prudentemente de no hacerse solidarios en su colaboración de algunas actitudes de sabor marxista de que tales movimientos no se han desprendido aún plenamente; como son, la lucha de clases y el poco respeto a la propiedad privada.

En Cuba, Guatemala, Chile, Perú y otras naciones de Hispanoamérica, incluyendo naturalmente a Venezuela, el divorcio de los movimientos revolucionarios nacionales, con notable fondo socialista, del movimiento internacionalista y anti-nacional del comunismo es un hecho palpable.

La primera post-guerra produjo el comunismo soviético. ¿Será aventurado esperar que la segunda post-guerra pueda provocar un victorioso movimiento cristiano-social?